

LA MODESTIA

PUESTA en tela de juicio, calumniada por la malicia humana, la virtud de la modestia es pedagógica por las siguientes razones de orden educativo, conductoras del carácter y guías del perfeccionamiento psicológico:

1ª Porque afianza el espíritu de disciplina;

2ª Porque nos aproxima a la claridad de nosotros mismos que anhelaba Thales de Mileto;

3ª Porque nos incita a aprender más, y, por tanto, a adquirir tesoros morales abundantes;

4ª Porque liberta al hombre de hundirse en la presuntuosidad y fatuo engreimiento, redimiéndole de quijoterías y mal entendidas ambiciones; y

5ª Porque conserva latente el sentimiento del rubor y el hábito de la pulcritud en los modales, que de consciente se vuelve reflejo.

Dicen que el cerezo es la flor favorita del Japón, así la violeta debería ser escogida como emblema predilecto del imperio femenino, porque simboliza a la modestia que transmite su eufemia a las mejillas.

Preguntaba el dulce poeta antioqueño, profundo en cultivos agrícolas, si conocíamos la rastro y tuberosa batatilla, la modesta flor, pura y sencilla, que «crece en la sombra y se marchita con la luz del sol». No de otra suerte la delicada planta de la modestia pierde su lozanía con los rayos de la ostentación y la jactancia.

Sin modestia, no se puede concebir la disciplina, porque aquella está regulando nuestras acciones, templando la impetuosidad del ánimo y moderando las deleznales altiveces. Ella nos comunica el dominio de nosotros mismos, como un poderoso propulsor que nos gobierna y refrena, que nos detiene y empuja, que nos hace adelantar con cautela o retroceder cuerdamente. Sabernos conducir es alejarnos del desfinamiento social, de las salidas de tono, sin sacar el pie del círculo de la decencia, sin derrotarnos de la mitad del palenque, sin perder el justo medio.

Si la modestia, como prudente ninfa Egeria, nos está aconsejando que sepamos contenernos dentro de los límites de nuestra condición, que recapacitemos en todas las circunstancias que acen-túan nuestro estado, es evidente

que la moderada virtud nos está proporcionando diáfano concepto de nosotros mismos, transparencias del yo genuino.

De este conocimiento emanará, como el bíblico torrente, agua bastante para poder saciar la sed del estudio, el anhelo de perseverancia, a fin de volvernos más dignos de la humanidad, más respetables ante la propia consciencia. Domaremos, como triunfal resultado, las bajas pasiones, sobre todo la envidia, una de las más tiranizadoras invenciones que está abatiendo a las almas pigmeas.

Invidia Siculi non invere tyranni, que cantó Horacio en sus odas morales, patrocinadoras de una áurea mediocri-

dad, lejana de recelos y ambiciones locas.

El engreimiento, la lepra de los corazones pequeños, no es otra cosa que el aturdido arte de desconocerse a uno mismo. Allí donde reflexionemos en la miserable condición de nuestro ser; allí donde reparemos en la superficialidad y limitación de los conocimientos, no nos atreveremos a envanecernos más, a hincharnos como la rana de la fábula; a inflarnos como la pompa jabonosa. Algún prudente consejero musitáranos al oído: «Evitad de pasar como tontos de remate por vuestra deleznable soberbia».

La vergüenza es seráfica ala del ángel que nos cubre el rostro cuando estamos en peligro de mancharnos con el mínimo acto punible, cuando la soberbia nos está cegando con su mano



Todos los artículos de nuestra casa llevan el sello de nuestra marca registrada "Orinoka," y bajo ese requisito indispensable, que todo consumidor debe exigir, garantizamos sus efectos para el uso a que se destinan.

Tanto a la bondad de nuestros productos como a la presentación de ellos, se debe el éxito de su buena aceptación por parte del público en general.

Solicítelos en droguerías, farmacias y perfumerías.

Mandamos nuestro catálogo a quien lo pida.

THE ORINOKA PHARMACAL CO.

97-99 Water Street, New York City, U. S. A.